

La Hora Santa que se celebra hoy de diez y media a once y media en la Caridad y las Misas, se aplicarán por el alma de D. Francisco Javier Aycardo.

Ingratitud... olvido ó ignorancia

Cuando Roma llamaba *bárbaro* a todo lo extranjero, exageraba sin duda la nota, pero revelaba ferviente patriotismo. Y éste, vigoroso y fecundo, logró convertir en provincias romanas todas las naciones entonces conocidas.

Cuando más adelante abrió las puertas del Capitolio a los dioses extraños, entraron con ellos las modas orientales y el patriotismo romano se amortiguó poco a poco y vino con la corrupción de las costumbres la ruina del Imperio.

También España exageró algún tiempo la misma simpática nota dando el despectivo nombre de *franchute* a todo lo de fuera. Y cuando *franchutes* auténticos pisaron nuestro suelo en aras de conquista toda la pericia incommensurable del primer Napoleón vino a estrellarse contra la vigorosa resistencia de aquellos *exagerados* patriotas, que formaban el pueblo español de principios del pasado siglo.

Y también más adelante—muy poco por cierto—con las Cortes de Cádiz, cuyo centenario se prepara a celebrar nuestro desaconsejado Gobierno, entraron en España las modas francesas y con las modas francesas la francesa corrupción.

—¡Qué contraste! El pueblo luchando brioso contra el invasor, vertiendo a torrentes sangre generosa por la patria independiente, obligando a los Ejércitos de Bonaparte a repasar los Pirineos; y entretanto los *Padres de la Patria*, reunidos en Cádiz, desoyen el clamor de la inmensa mayoría de los españoles y legislan inspirándose en las disolventes ideas de los Enciclopedistas, viniendo así a esterilizar los titánicos esfuerzos de nuestros heroicos e indomables soldados.

¿De qué servía, en efecto, arrojar de España al enemigo, si su espíritu quedaba dueño de la nación? ¿De qué vencerlo con las armas, si le otorgábamos una facilísima victoria en las hispanas leyes? ¿De qué la independencia territorial conseguida a tanta costa, si nos hacíamos esclavos al mismo tiempo con la esclavitud más degradante?

Erán, sin duda, los franceses invasores los heraldos del racionalismo impío y cumplieron a maravilla su nefanda misión. Ellos fueron arrojados de España; pero al repasar la frontera, podían desgraciadamente estar seguros de que dejaban tras de sí profundamente inoculado el corrosivo virus de que eran portadores.

Así fué ciertamente. Bien pronto germinó la semilla y fueron tan aterradores sus progresos que, al cabo de una centuria, hay español—así al menos se llama—que puede preguntar impunemente con un gesto despectivo que hiela la sangre: ¿Pero es que tenemos algo bueno en España? ¿Es que lo hemos tenido alguna vez?

¿Que si hemos tenido *algo bueno* en nuestra patria? Nada tan impropio como la menor duda en este punto. Sólo un total desconocimiento de la Historia pudiera acaso explicar tamaña osadía como suponen las antedichas preguntas. Pero ni aun así obtendríamos una explicación satisfactoria y completa.

Porque, aún ignorando o desoyendo las elocuentes enseñanzas de la que Tulio llamó *Maestra de la vida*, habría que declarar mentecato o sordo y ciego de nacimiento a quien desconociera la facilísima tarea discursiva de deducir clarísimamente lo que fuimos por lo que hoy somos.

Y ¿qué somos hoy? Somos el pueblo de que más se habla, de que más se escribe, de que más se estudia y discute.

Qué significan sino esa interminable serie de excurciones científicas, esas repetidísimas traducciones, esas gestiones tan empeñadas como frecuentes, que para admirar, copiar y adquirir nuestros tesoros de verdadera y sólida cultura realizan en nuestra patria los sabios extranjeros?—Claro está que no se trata—ni mucho menos—de los que constituyen la llamada por los radicales la *Europa consciente* (!) No. Son los verdaderos sabios de todas las naciones que, fijándose en la nuestra, reconocen prácticamente bien a su pesar, que españoles se llamaron y españoles fueron los mejores estadistas, los mejores literatos, los mejores artistas del mundo.

¿Los mejores estadistas? Sí. Fuera de otras muchas y apodísticas razones, nuestra admirable legislación de Indias por sí sola así lo demuestra brillantemente.

¿Los mejores literatos? Sin duda. Recuérdese tan sólo el número de traducciones que ha tenido el *Quijote*.

¿Los mejores artistas? Ciertamente. La notoria característica avidez con que los inteligentes de toda Europa andan a caza de un *Velásquez* o un *Murillo*, así lo persuaden.

Sépanlo, pues, todos esos *inconscientes* difamadores de su patria, ingratos, olvidadizos o ignorantes: España tiene un gloriosísimo pasado, tan fecundo, que de él vive hoy y de él vivirá mañana, volviendo a ser lo que fué, en el momento en que la Providencia le depare para regir sus destinos un espíritu verdadero, genuino, ente español.

Con esto *sonábamos* y arrullaban nues-

tro sueño los millones y millones de hombres que hablan la hispana lengua, cuando llama a nuestra puerta el partididor de la revista «Iris». Pasamos por ella nuestros ojos y a poco tropezamos con una composición *en verso castellano*. Y advertimos con profunda contrariedad que tiene el tal trabajo esta *peregrina cabeza*: «*Avant! jeunesse!*»

Y entonces abandonamos la pluma que habíamos tenido en descanso unos momentos, exclamando melancólicamente, a guisa de irónico comentario: «*Tableau!*»

CIRO

Para el mes de Marzo está anunciado el 4.º Congreso Internacional de Educación Popular.

Como la Masonería lleva en estos Congresos la dirección, damos la voz de alerta a los católicos para que se apresten a luchar como deben por Dios y por la Patria.

La neutralidad

Habo un tiempo en que, por efecto de los continuos desengaños deparados por todo un siglo de revueltas, los hombres que alardeaban de experimentados y sagaces, afectaban la más absoluta indiferencia por las luchas que dividían a los hombres.

En cuestiones políticas, sociales y aun religiosas, se declaraban siempre indiferentes, queriendo encubrir esta inabecíl conducta so color de independencia.

Aquello va pasando ya, pero aún queda mucho de ello. ¡Cuántas entidades sociales, cuántos periódicos, cuántos hombres tienen por enseña la independencia, la neutralidad, la tolerancia, que con todos esos nombres se bautiza tan vil mercancía!

¿Son verdaderamente *independientes*? No. Serán indiferentes a lo más, lo cual equivale a ineficaces, ineptos, nullos. Como viera el divino poeta en el Infierno a algunos condenados sumergidos en el barro, preguntó a Virgilio quiénes eran aquellos infelices. El insigne Mantuano le contestó: Esos son los que en el mundo no hicieron ni bien ni mal; los que en toda cuestión se mantenían estúpidamente neutrales... *No hablemos de ellos; miralos y pasa.*

Todo hombre que quiere mantenerse siempre indiferente, me inspira un profundo desprecio. Entre ellos hay seres entecos que creen profesar la virtud y confunden el recogimiento de la vida espiritual con un inhumano desinterés por las luchas de ideales, creyendo que tomar en ellas beligerancias redundará en detrimento de la serenidad y nobleza de un alma retira-

da. De ellos he dudado muchas veces si obran así por elevación de espíritu o por mezquindad de carácter.

X

Los católicos belgas han obtenido un éxito grandioso en las últimas elecciones. ¿A qué es debido, y qué podemos aprender en él los católicos españoles?

Un notable escritor social de dicho país lo dijo:

«Los católicos hemos ganado las elecciones—dice—porque se ha trabajado de FIRME, CON TIEMPO Y SISTEMÁTICAMENTE, el cuerpo electoral.»

De firme, con tiempo y sistemáticamente. Ahí está todo el secreto.

¡Hagamos algo, por Dios y por la Patria.

Como este hay muchos

Libertad de cultos pide don Celedonio Lamprea, la persona más inculta de las que habitan la tierra.

Libertad de cultos pide, y desde su edad primera ha rendido únicamente culto a Baco en la taberna, en el lupanar a Venus, a Mercurio en la trastienda, siendo devoto de Caco con devoción tan sincera, que a la guardia civil tiene declarada cruda guerra, porque a tal culto se opone esa guardia benemérita.

Libertad de cultos pide quien jamás pisó una iglesia, ni un templo de los cisnáticos, ni una capilla evangélica, ni una mezquita moruna, ni una sinagoga hebrea.

Libertad de cultos pide con intenciones tan rectas cual la de impedir que nadie pueda celebrar las fiestas como los hombres que quieren ser distintos de las bestias, y mientras vive a sus anchas don Celedonio Lamprea, sin que ninguno le obligue a ser lo que ser debiera, pide libertad de cultos y libertad de conciencia, libertad de pensamiento y, en fin, libertad completa, cual si estuviera en la cárcel con grillos y con cadenas.

Raro es que los panaderos no se declaren en huelga antes que amasar para hombres cual Celedonio Lamprea.

B. DE LA ENCINA.

La mala prensa.

¿Que no les hace daño el periodismo? Eso no es verdad. Pero aun dejando esto, no se trata de que os haga o no os haga daño el periódico, sino de que el Sumo Pontífice y todos los representantes y predicadores de la doctrina de Dios os mandan no leer eso. Se trata, además, de que diciendo esos periódicos tanto malo contra la Iglesia, vuestra madre; contra el Evangelio, vuestra doctrina; contra los católicos vuestros hermanos, y contra los sacerdotes, vuestros padres en la